

CAPITULO XXX.

SALE HERNAN CORTÉS DE LA HABANA PARA SU EXPE-
 DITION DE NUEVA ESPAÑA: LLEGA CON SU
 ARMADA A COZUMEL: HALLA A GERÓNIMO DE AGUILAR
 Y LO TOMA DE SU INTÉRPRETE: PELEA CON
 LOS INDIOS DE TABASCO, Y CONSIGUE UNA GRAN VICTO-
 RIA: LLEGA A SAN JUAN DE ULUA: CÓMO FUÉ
 AVISADO EL EMPERADOR MOCTEZUMA DE LA LLEGADA
 DE LOS ESPAÑOLES: UNA DE LAS ESCLAVAS,
 LLAMADA MARINA, ES INTERPRETE FIEL DE CORTES: HER-
 NAN CORTES FUNDA LA CIUDAD DE VERACRUZ
 Ó VILLA-RICA: AÑO DE 1519.

Luego que hubo acabado Hernan Cortés de ordenar y prevenir todo lo que juzgó por conveniente para el acierto de su expedicion, y le pareció que no convenia detenerse más en la Habana, llegado el dia de la embarcacion hizo decir con solemnidad una misa al Espíritu Santo, que oyeron todos con devocion, poniendo á Dios en el principio para asegurar los progresos de la obra

que emprendian, y Hernan Cortés, en el primer acto de su jurisdiccion, dió por nombre á su armada, y puso su expedicion bajo la proteccion del glorioso apóstol cabeza de la Iglesia, San Pedro, de quien fué desde sus primeros años muy devoto, y hizo pintar en su estandarte una cruz con estas palabras mismas que se le aparecieron al gran Constantino: *In hoc signo vinces*. Sigamos la cruz y en esta señal vencerémos. Partió últimamente de la Habana en diez y nueve de Febrero con nueve navios por la banda del Sur, dió la vuelta del Cabo de San Anton, y allí se juntaron todos los once navios y pasó muestra á toda su gente: se hallaron quinientos ocho soldados, diez y seis caballos, ciento y nueve entre maestros y pilotos y marineros, sin los dos capellanes, el licenciado Juan Diaz y el padre Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, que asistieron á Cortés hasta el fin de la conquista. Este fué el aparato que metió este insigne capitan en la más ardua y dificultosa conquista de cuantas jamás se vieron ni oyeron. Con estos pocos compañeros y con el favor de Dios, conquistó muchos señoríos y ciudades, é introdujo por este medio la conversion de infinitas naciones bárbaras á la Ley Evangélica: mas si bien lo consideramos, no hay para que alabar tanto á este grande hombre, porque el negocio que él

hizo no era suyo ni lo hizo él sino Dios, que quiso con aquellos pocos convertir á muchos, y ordenar esta célebre conquista de modo que la predicacion de su Santo Evangelio entre aquellos bárbaros no estribase en armas nien fuerzas humanas, sino en la poderosa virtud de su santo nombre.

Desde la punta de San Anton, que está en lo último de Cuba, comenzó á atravesar el golfo que hay de Cuba á Yucatán favorecido al principio del viento, pero despues se levantó un recio temporal, y al cerrar la noche se perdieron los navíos unos de otros, dejándose llevar del viento, hasta que sosegada la tormenta se vinieron á juntar de allí á algunos dias á la isla de Cozumel, y con acuerdo de los pilotos se determinó Cortés á pasar con su armada junta de una vez á aquella isla. Como los isleños de Cozumel habian visto ya en su tierra al capitan Grijalva y á sus soldados que nõ les habia hecho mal alguno y estaban hechos á tratar con ellos, no extrañaron la novedad de nuestra gente, bien que no dejaron de entrar en recelo al ver el número y parte de nuestros navíos: acercáronse los más atrevidos, y como no recibian daño, vinieron muchos que andaban entre los castellanos con mucha familiaridad y seguridad, porque Cortés tenia particular cuidado que no se les diese causa de enojo, y hallaron en él y en los demas tan favorable acogida, que convocaron

á sus compañeros, y se dejó ver el señor del pueblo con toda su gente.

Habia en esta isla muchos adoratorios, y uno en particular de mayor grandeza que los otros, donde se dejaba ver un ídolo muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenia conmovida la devocion de diversas partes de tierra firme que frecuentaban su templo en continuas peregrinaciones. Cuando vió Cortés las ceremonias abominables de sus sacerdotes, y por el trato que tuvo con aquellos indios y su Cacique, que estaban contentos y podian recibir bien sus buenos deseos de sacarlos de la ceguedad en que estaban, comenzó á tratar de que recibiesen la fe de Jesucristo. Mandó al intérprete que llevaba, que les dijese que les queria dar otro Dios mejor que el que tenian. Afeóles, el mismo Cortés, su abominable devocion para con aquellos ídolos, diciéndoles que eran demonios que los traían engañados; y que si habian de ser hermanos, dejasen de tributarles culto alguno y no les sacrificasen hombres, porque el derramamiento de sangre humana era cosa muy aborrecida del verdadero Dios. Persuadió despues al Cacique con argumentos tan eficaces y acomodados á su rudeza de la verdad de nuestra religion, que se quedó asombrado, y pidió licencia para comunicar el negocio á sus sacerdotes, que en puntos de

religion reconocia por superiores. Éstos amenazaron con el castigo en el mismo instante que se tuviese el atrevimiento de mudar de religion y de abandonar el culto de su ídolo.

Luego que oyó Cortés esta amenaza, indignado y con ánimo de hacerles palpable el desengaño de sus supersticiones, mandó derribar el ídolo principal y hacer pedazos los demás. Al ver los indios que se hacian sordos sus dioses y que no aparecian señales de venganza, se avergonzaron de tener dioses tan insensibles y los comenzaron á despreciar, consintiendo de buena gana en que se fabricase un altar y se colocase en él la imágen de nuestra Señora, fijando á la entrada una cruz grande que labraron los carpinteros de la armada. Allí se dijo misa, que oyeron los nuestros con gran devocion y causó á los indios que se hallaban presentes una grande admiracion. Como los indios, en las primeras conferencias que tuvo Cortés con ellos, señalaban con el dedo á Yucatan, y su Cacique dijo que nuestra gente se parecia mucho á unos prisioneros que estaban en la tierra firme, naturales de una tierra que se llamaba Castilla, dispuso enviar gente para ponerlos en libertad, pues solo distaba Yucatan, de la parte más vecina de Cozumel, cuatro leguas de camino: esperó el resultado; mas viendo que no tenia ninguna noticia de los que ha-

bia enviado para saber si era verdad, sintiolo mucho; y en la duda de haber sido engañado por los indios mensajeros, no quiso dilatar su viaje ni dar á entender su recelo al Cacique, ántes se despidió de él con sumo agrado, y le encargó mucho la cruz y la imágen de nuestra Señora que les dejaba en prendas de amistad, asegurándole que como tuviesen él y sus vasallos el cuidado y la reverencia debida á estos soberanos simulacros, experimentarían la clemencia divina y se harían acreedores del conocimiento del Dios verdadero y de la verdad de la fe santísima.

Fué tan grande la devocion con que veneraron estos isleños el nombre de Maria despues de lo que les dijo Cortés, que por mucho tiempo la conservaron, y cuando veían á algun español, exclamaban: ¡María! ¡María! ¡Cortés! ¡Cortés! Dice Pizarro, con otros historiadores, que aquella isla de Cozumel se llamó Santa Cruz, que fué el nombre que le puso Grijalva (el primer español que la descubrió), por haber hallado en ella una cruz que adoraban los indios por Dios, á la cual iban en procesion cuando habia falta de agua, aunque, como dice Gomara, no se sabe el origen de esta devocion. Tengo dicho ántes lo que discurre sobre esta cruz prodigiosa, y creo que lo más probable es, que Grijalva (al descubrirla) por su devocion particular le pondria este nombre, y

despues se ha quedado con el nombre de Cozumel, que dice (aunque con alguna corrupcion de lenguaje) con el que le tenian puesto sus habitantes, Zumail ó Aquizamil.

Partió Cortés con ánimo de seguir el mismo rumbo que abrió Juan de Grijalva en busca de Yucatan, y tomó tierra en la punta que llaman de las Mujeres; y porque le pareció mal aquella tierra, partió para el cabo de Catoche, y quiso Dios (que siempre guía sus causas por donde los hombres ni piensan ni entienden) que hiciese agua uno de sus navios, que era el de Juan de Escalante, adonde iba la provision de cazabe, y para remediarlo fué menester arribar á la isla de Cozumel.

No dejaron de extrañarlo el Cacique y alguno de sus indios, quienes acudieron luego á la costa, recelosos de la brevedad de la vuelta; pero luego que supieron el motivo, se tranquilizaron y aun ayudaron á la descarga del navío y á los reparos de éste, siendo de grande utilidad para ello sus canoas por la destreza con que las manejaban. Entretanto que se carenaba y habilitaba el navío, tuvo Cortés el consuelo (en el reconocimiento que hizo de su templo principal) de ver que los indios conservaban la cruz y el altar donde se habia colocado la imágen de nuestra Señora, y le halló muy aseado y adornado con enramadas en señal

de la gran veneracion que le tributaban en su ausencia.

Cuando se trataba ya del embarque, despues de adobado el navío, se dejó ver á larga distancia una canoa en que venian cuatro hombres desnudos, cubiertas las partes secretas con unos pañetes ó almaizales, que los mexicanos llaman *maxtlatl*, con los cabellos trenzados y revueltos alrededor de la cabeza, con sus arcos y flechas en ademan de pelear, que se iba acercando á la isla sin recelo de nuestra armada. Avisado Cortés de esta novedad, mandó á Andrés de Tapia que montase un bote bien armado y procurase apoderarse de aquella canoa. Luego que éstos vieron á los nuestros, quisieron huir; pero uno de ellos, sosegando á los demás, detúvolos, y pronunciando algunas palabras en castellano, exclamó llorando de placer: ¡Bendito sea Dios, y le doy infinitas gracias por haberme sacado de entre infieles y bárbaros! Recibióle Andrés de Tapia con los brazos abiertos, llevándole con gran gusto á la presencia de Cortés, quien se informó detenidamente de quién era y de cómo habia venido allí, dándose muchos plácemes por la felicidad de su empresa y por la dicha de haber redimido de aquella esclavitud á un cristiano. Despues de haber satisfecho á varias preguntas que le hizo Cortés y que hubo descansado un

poco, hizo relacion de sus aventuras á la gente, que estaba deseosa de oirlas, en estos términos:

Yo, señores, soy natural de Ecija: llámome Gerónimo de Aguilar, y el año de once, viniendo del Darien á Santo Domingo, llevando veinte mil ducados para el Rey, y por gente y vitualla para la guerra que teníamos cuando riñeron Diego de Nicuesa y Vasco Nuño de Balboa, se perdió nuestra carabela en los bajos que llaman los Alacranes, dando al través junto á Jamaica, y escapé en el esquife con otros veinte compañeros: nos vimos arrojados del mar en la costa de Yucatan. Se nos murieron siete en la mar, y los trece tomamos tierra en una provincia que se llama Maya. Prendiéronnos luego los indios, y nos llevaron á una tierra de indios caribes, cuyo Cacique, que era muy cruel, mandó sacrificar á sus ídolos á Valdivia y á otros cuatro. Se los comieron él, sus criados y amigos, á quienes dió con los mejores un banquete acompañado de danzas y fiestas, segun su uso. Yo y los demás quedamos á engordar para comernos otro dia con igual solemnidad. Soltámonos de la prision, y yo, como pude, escapé, huyendo de poblados y caminando algunos dias sin más alimento que el de las yerbas del campo. Caí despues en manos de otros indios, quienes me presentaron á un Cacique (gran enemigo del otro que se lla-

maba Aguincuz, gobernador de Jamancona), el cual, dejándome la vida, me obligaba al principio á trabajar más de lo que podia, pero despues me hizo mejor tratamiento. Hánse muerto ya todos mis compañeros á causa de la miserable vida que pasaban: quedé yo y un Gonzalo Guerreró, el cual es casado, y el amor de su mujer y de sus hijos, junto con las riquezas de que disfruta, le han hecho olvidar la honra y la religion. No quiso venir conmigo, habiéndole enviado la carta de Cortés, pretextando que no lo hacia por la vergüenza de tener agujeradas las narices, labios y orejas, pintado el rostro y labradas las manos al uso de aquella tierra, en la cual solo los valientes pueden traer las manos labradas. Pero yo solicité gustoso del Cacique, que en recompensa de mis servicios y en virtud de las preseas que se le ofrecian por nuestro rescate, me otorgase la libertad, á lo cual accedió el Cacique, y doy gracias á Dios por haber movido el corazon de este bárbaro para que me prefiriese á los demás. Como estaba yo ordenado de Evangelio, aunque fui muy importunado de los indios, nunca me quise casar, y así me hallé más libre por la misericordia de Dios para dejar esa vida bárbara y volver á estar entre cristianos.»

Holgáronse todos al oír su relacion; y no obstante que les puso gran temor oír que iban á

tierra adonde se comian á los hombres, bendecian los inescrutables decretos de Dios, que dispuso se les interrumpiese la navegacion para que en aquel mismo tiempo que fué preciso para reparar el navio, lo fuese igualmente para que llegase á la isla este cautivo cristiano, quien fué despues uno de los principales instrumentos de la conquista por saber la lengua de los indios de Yucatan, y pudo suplir la falta de intérprete que tenia Cortés, y asi celebró mucho la venida de Gerónimo de Aguilar, porque llevándolo en su compañía le seria más fácil tratar con los moradores de aquellos países.

Salió Hernan Cortés segunda vez de aquella isla, quedando muy aficionados los isleños á los castellanos, en cuatro de Marzo de este año de mil quinientos diez y nueve, en demanda de uno de sus navios que habia perdido. Acercóse á la tierra firme, y pegándose las naves pequeñas á tierra lo posible para ver si la hallaban, al fin la vieron en una ensenada que hacian ciertas isletas que Grijalva llamó Puerto de Términos. Hallaron que estaba bueno, y luego que se agregó á la armada el navio, con gran regocijo de los nuestros porque lo juzgaban perdido, siguió ésta su rumbo, y sin que le ocurriese acaecimiento especial dobló la punta de Catoche y llegó á Champoton ó Petonchan, donde se inclinaba á hacer pié Her-

nán Cortés para castigar en aquellos indios la resistencia que hicieron á Juan de Grijalva ántes y despues á Francisco Hernández de Córdoba; pero por consejos más sólidos de sus pilotos, determinó ir al Rio de Grijalva ó de Tabasco.

Surgieron en la boca del rio, y Hernan Cortés mandó que quedasen allí todos los navios grandes, y en los esquifes (prevenidos de la gente necesaria y bien armada) se entró por el rio arriba, observando el mismo orden con que lo ejecutó Juan de Grijalva. Le salieron al encuentro muchas canoas llenas de indios armados de arcos, flechas y rodela que ocupaban las dos riberas al abrigo de diferentes tropas que se descubrian en tierra. Requirióles con la paz una y otra vez Gerónimo de Aguilar de orden de Cortés; pero estaban tan obstinados los indios en defender la entrada del rio á los nuestros, que sin embargo de que Cortés no quería pelear con los indios de aquella tierra, porque aun no la conocia y le parecia muy poblada de gente, hubo de mandar á su gente que diese el avance, y peleó con ellos. Les puso en confusion é hizo desembarazar el paso. Vencido el pantano donde estaban emboscadas unas tropas de indios (que hubieron de ocultarse entre las malezas por los repetidos esfuerzos de nuestra gente, que peleaba con igual ardimiento que dificultad, con el lodo hasta la

rodilla), se acercó por el bosque á ocupar el pueblo principal de aquella provincia, que tambien se llamaba Tabasco y distaba poco aquel paraje segun lo que se vió en la primera entrada. Lo tenian los indios fortificado con una estacada en forma de muralla, muy usada en todas las Indias, hecha de troncos de árboles fijos en la tierra y apretados entre sí con tal arte, que las junturas les servian de troneras para despedir sus flechas. De esta hechura son hoy por hoy los corrales y las cercas de los pueblos de indios. Habia enviado Cortés á Alonso Dávila con un destacamento de ciento y cincuenta soldados para que se emboscase en el pueblo, con orden de que cuando le diese señal con una pieza de artillería, acometiese al pueblo; y como vió que los indios léjos de admitir proposiciones de paz se prevenian para una fuerte resistencia, mandó disparar un tiro de artillería, y al instante (aviso Alonso Dávila con la señal convenida) acometió al pueblo. Descargáronse otros y otros tiros, y los indios, que no habian visto ni oído cosa semejante, creyendo que venia fuego del cielo, se asombraron grandemente, pero no dejaron de pelear con mucho ánimo y esfuerzo.

Cortés, sin perder tiempo, cargó sobre el pueblo, espada en mano, al frente de su gente; y los soldados, cubriéndose con las rodela y

desviando con las espadas la lluvia de flechas que les caía encima, atacaron á los indios y les tomaron las azoteas: sirvieron entónces sus mismas troneras á los arcabuces y á las ballestas de nuestra gente, con lo cual se apartó el enemigo, destruyéndole en seguida parte de la estacada. Lo mismo se ejecutó en los demás parajes y en las calles del pueblo que tenian defendidas con otras estacadas de igual forma; mas al fin, no obstante su porfiada resistencia, fueron desbaratados estos valerosos indios con matanza considerable que se hizo de ellos, y los demás, desamparando el lugar, huyeron á los bosques, y quedó Tabasco por los españoles.

Reconocióse el templo principal, que era capaz y fuerte, y allí se alojó la gente, con grandes precauciones. Al dia siguiente mandó Cortés reconocer la tierra, dando orden á sus capitanes de que no se empeñasen en funcion alguna. A poco andar de nuestros batidores, que habian corrido la tierra en diversos trozos, salieron de sus emboscadas innumerables indios que acometieron por distintas partes á nuestra gente, con tal ferocidad, que á no haberse reunido á un tiempo los varios cuerpos que por su lado exploraban la tierra, hubieran hecho en los nuestros una horrible carnicería. Ultimamente, los españoles, sitiados en una casa y oprimidos por

la multitud de enemigos, iban ya á ceder al impulso de los bárbaros, cuando vino en su socorro Hernan Cortés, quien con algunos disparos de artillería los ahuyentó y quedó la victoria por los nuestros. Murieron muchos indios en este combate, y se hicieron algunos prisioneros: examinados éstos por Gerónimo de Aguilar, se supo que al dia siguiente se habia de reunir un ejército poderoso para acabar con los españoles, habiéndose comprometido todos los Caciques de la comarca á favorecer con todas sus fuerzas á los de Tabasco.

Cuidadoso Hernan Cortés con estas noticias, pensó que no convenia salir de aquella tierra sin que quedasen castigados sus habitantes, y se previno mandando aprontar toda la artillería y ordenar toda su gente.

Montaron á caballo él y sus capitanes, y emprendieron la marcha al paso de la artillería, que caminaba con lentitud por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fuéronse acercando al paraje señalado por los prisioneros, y como una legua cerca de un pueblo llamado Cintla ó Titla se hallaron con un ejército muy grande, que descubrieron á larga distancia. No dejó Cortés de pulsar la grande dificultad que tendria en vencer tanta multitud de indios; pero no desconfiando del suceso con la consideracion del valor de su gente y de la

buena disposicion de sus caballos y artillería, animó á sus soldados, poniéndolos al abrigo de una eminencia que les guardaba las espaldas, y la artillería en sitio que pudiese obrar sin embarazo. Llegado el ejército numeroso de los indios á distancia proporcionada, comenzó la pelea, disparando sus flechas y dardos, y levantando sus gritos acostumbrados, que suenan y espantan los montes cuando son muchos los indios. Cortés, como diestro en este género de pelear de los indios, que es al modo del de los africanos, sufrió la primera descarga de sus flechas, y esperando que estuviesen amontonados, como lo tenían acostumbrado para embestir, mandaba que jugase la artillería, y el estrago que se hizo en ellos por venir tan cerrados fué grandísimo. Ayudados los indios de su misma multitud, y con la esperanza de vencer que les daba el poco número de los nuestros, no sentian ni hacian caso del daño que recibian: acometian con nuevo furor, y ponian en mucho aprieto á los nuestros, que no hacian poco en resistir. Estando en este aprieto y conociendo la desigualdad Hernan Cortés, salió á la campaña harto de pasar acequias y ciénegas, y embistió con todo aquel numeroso cuerpo de indios que parecia inundacion de gente, rompiendo por lo más aspero de sus pelotones: cerró con sus caballos, haciéndose lugar, destrozando

á un lado y otro los indios que se presentaban. Al fin éstos, heridos y atropellados, trataron de la fuga llenos de pavor. Acometió entónces la infantería cargándoles espada en mano con tal denuedo, que al fin, viéndose perecer sin remedio, acordaron de volver las espaldas dejando gran número de los suyos muertos y heridos en el campo. Mandó Cortés que hiciese alto su gente porque sus intenciones eran pacíficas, y no le parecía que convenia seguir á los indios para que no se ensangretase mas la victoria. Dispuso que se trajesen algunos prisioneros, porque pensaba servirse de ellos para entablar la paz y retirarse con honra para proseguir su empresa, segun los intentos que tenia premeditados. Quedaron muertos en la campaña como mil indios, y heridos innumerables: de los nuestros murieron dos soldados, dicen unos historiadores; ninguno dicen otros, y salieron heridos setenta. Concuerdan todos los historiadores en que constaba el ejército enemigo de cuarenta mil hombres, que aunque desnudos y sin armas de fuego, como ponderan algunos autores extranjeros, eran muy diestros en el manejo de sus armas y en disparar sus flechas: tenían manos para ofender, y dado que les faltase el valor no les faltaba su ferocidad natural. Suplió la desigualdad del número el valor de nuestros soldados, que llevaban la ventaja de pelear

bien ordenados y bien mandados contra un ejército sin disciplina. Para alcanzar esta victoria no se puede negar que rompiendo tan á tiempo Cortés con sus caballos el centro del ejército contrario, tuvieron estos brutos gran parte en ella, porque los indios que no los habian visto hasta entónces, se atemorizaron mucho, pareciéndoles que volaban, y que con la boca los querian tragar, y como se supo de ellos despues, pensaban asombrados que aquellos animales hablaban cuando los oían relinchar, y creían tambien que el ginete y el caballo era todo uno, haciéndoseles realidad la ficcion que forjó la gentilidad en sus centauros.

Se ganó tan señalada victoria el dia cinco de Marzo de este mismo año de mil quinientos diez y nueve, y usó de ella con tanta moderacion el gran Cortés, que los de Tabasco se rindieron, dándose por amigos de los cristianos^(*), y en prueba de su confianza y sinceridad, mandó el Cacique á sus vasallos que volviesen luego á poblar el lugar de Tabasco, y llevasen consigo sus familias para que asistiesen al servicio de los españoles. Regaló á Cortés veinte indias esclavas bien adornadas á la usanza de su tierra, para hacer el pan con sus piedras en que muelen el maíz (que lla-

(*) Gomara cap. 22 et 23, citado por Fernando Pizarro en sus Varones ilustres, vida de Cortés, pág. 73.